

## PRÓLOGO

Ana María Zubieta\*

Dedicar un volumen de *Gramma* a trabajos críticos que abordan cuestiones relacionadas con fronteras es abrir una constelación de problemas teóricos a ellas enlazados, pues constituyen un dilema político candente de la actualidad y han desencadenado innumerables figuraciones literarias y ficcionales, relatos que, por otra parte, cuentan con una gran tradición, particularmente, en la literatura argentina.

Las fronteras inscriben lo político en el espacio (la guerra está en el fundamento de la frontera, incluso de la palabra *frontera*, del término *front*, ‘frente’), por eso, no están lejos conflictos, declaraciones de guerra y actos de violencia, exclusiones y exilios, así como movimientos migratorios que, permitidos y legales, dan lugar a comunidades de inmigrantes que pueblan suburbios, arrabales y márgenes, presentes en el teatro y en la narrativa argentina de una manera contundente y reconocida, y donde también aparece, a veces dramáticamente, el mayor o menor grado de aceptación o integración; pero las fronteras también suelen ser traspasadas de forma *ilegal*, dando lugar a movimientos, agentes, comercio y manifestaciones inusitadas de violencia en el afán, de un lado, de prohibir el paso construyendo muros, deportando, cobrando y matando; y, del otro, de transgredir ese límite apelando a estrategias, escaramuzas, sobornos, que generalmente traslucen un fondo de desesperación.

A veces las fronteras son menos nítidas, y se usa la misma designación para señalar una separación, una lejanía, una distancia física o cultural en el mismo territorio, por lo que nacen así los suburbios que, cuando entraron en escena, la literatura argentina los pobló de inmigrantes y, desde diferentes perspectivas, puntos de vista y posiciones ideológicas, cobró gran relevancia aquello que, bajo distintos ropajes, suele identificarse como cultura popular y sus mezclas o culturas híbridas, como las definió Néstor García Canclini: lo culto y lo popular, lo nacional y lo extranjero no tienen ninguna consistencia como estructuras «naturales», inherentes a la vida colectiva, sino que son modalidades contradictorias que organizan lo simbólico, engendradas por la modernidad, que a la vez, por su relativismo y antisustancialismo, las erosiona todo el tiempo, cultura popular que, cuando es apropiada por la

---

\* Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesora titular de Teoría Literaria II en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Correo electrónico: anamariazubieta@gmail.com.

*Gramma*, XXV, 52 (2014), pp. 7-11.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

literatura, suele dotar a sus relatos de límites y fronteras, como sucede con el caso emblemático de la novela *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal: los amigos emprenden una aventura nocturna para llegar a la casa de Juan Robles, que queda en Saavedra: «región fronteriza donde la urbe y el desierto se juntan en un abrazo combativo, tal dos gigantes empeñados en singular batalla» (2013, p. 253); o sea, tienen que pasar una frontera para encontrar restos de un habla popular y personajes anacrónicos, supervivencias arrabaleras y una lengua y unas prácticas profundamente vinculadas con la cultura popular. Las fronteras separan lo propio de lo ajeno, lo conocido de lo extraño, lo común de lo diferente: toda frontera tiene su génesis, su época de vigencia y eficacia, y su época de descomposición. Las fronteras «se hacen», como explica Karl Schlögel en su libro *En el espacio, leemos el tiempo* (2007): atravesar una frontera es aventurarse, entrar en territorio peligroso, desconocido o diferente que a veces está constituido por fragmentos o vestigios de una cultura distinta, generalmente popular, que se aprehende en sus prácticas y en su lengua, y así aparecen, en un lugar relevante, las subjetividades de trabajadores y pobres, un *vivir afuera* que desencadenó tratados, ensayos y expresiones literarias hasta dar con el giro radical producido con el asentamiento de barrios cerrados, countries, que se instalaron en el imaginario cultural del presente, modificando la vida cotidiana o inventando una nueva forma de vida cotidiana, donde las cámaras vigilan las idas y venidas de extraños, pero de este modo también, forzosamente, las idas y venidas de sus habitantes, ensanchando el espacio de la intimidad a través de los ojos, sociedad de vigilancia y sociedad del espectáculo juntas y a domicilio, como dirá Gérard Wacjman en *El ojo absoluto*, concretando una transformación cultural, práctica en la cual pasó a ocupar un lugar relevante el fenómeno de la vigilancia y de vigilar a los inocentes, creando lo que Marcela Crespo designa «guetos de lujo», suerte de oxímoron insoportable, triste, porque desliza la idea de encierro forzoso, como fueron los guetos, espacios de violencia contra la razón y el derecho, de los cuales se intuye que nada bueno puede salir. La videovigilancia se alimenta de la peligrosidad, alimenta la sospecha de la peligrosidad, siempre a la espera de un posible delito y, en cierto sentido, la civilización de la mirada es un problema de zona, territorios y fronteras. Esos enclaves exclusivos y excluyentes han debilitado los lazos comunitarios con base territorial y han alimentado una retirada a la esfera del consumo privatizado y las estrategias de distanciamiento.

Entonces, una vez establecidas las fronteras, se trazan los mapas para que la nación sepa qué aspecto tiene el mundo: por dónde discurren las fronteras de amigos y enemigos, dónde se hallan los focos de crisis, dónde se dieron batallas y se sufrieron derrotas, y dónde hay todavía algún lugar al sol que conseguir. Cuando las fronteras se desconocen, cuando la expansión, la extensión y la apropiación son la meta, se lleva adelante la empresa colonial o de «conquista», que tuvo un impacto formidable en el mundo, pues, como dijeron Marx y Engels, el descubrimiento de América y la circunnavegación de África le procuraron terreno nuevo a la burguesía que despuntaba, o como señala Edward Said en *Cultura e imperialismo*, las novelas de Joseph Conrad lograron el reforzamiento del consenso de sus sociedades en

relación con la expansión de ultramar, jugaron un rol fundamental en la imaginación y simbolización del espacio. Said analiza *El corazón de las tinieblas* de Conrad, en donde se narra el viaje por el río Congo de un marinero, Marlow, al cual se le encarga llegar a la Estación Central de la compañía concesionaria que lo emplea en busca de un cargamento de marfil y de una personaje muy misterioso llamado Kurtz, cuya identidad se nos irá develando a lo largo del oscuro viaje hacia las profundidades del Congo belga. Said sostiene que la política y la estética de esta *nouvelle* son imperialistas, ya que ni Conrad ni Marlow nos ofrecen una visión completa de lo que se encuentra por fuera de las actitudes de los conquistadores del mundo encarnados en las figura de Kurtz, Marlow, el círculo de oyentes de la cubierta del *Nellie* y el propio Conrad. Si no entendemos la experiencia del Otro y dependemos de la autoridad asertiva del tipo de poder que Kurtz detenta como hombre blanco en la jungla o que Marlow detenta como narrador, es inútil buscar alternativas distintas, no imperialistas. Conrad solo es capaz de imaginar un mundo ajustado a la dominación occidental, pero, a la vez, también señala que posee un sentido residual extraordinariamente persistente de su propia marginalidad de exiliado (recordemos que Conrad es de origen polaco), que lo faculta para comprender de modo activo cómo funciona la maquinaria del imperialismo, dado que la sincronía entre él y la máquina no es del todo perfecta, es decir, no es un inglés totalmente integrado al sistema. Indudablemente, los efectos de la violencia colonial, de ese «traspasar las fronteras» fue magníficamente analizado por Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra*.

Por su parte, la literatura latinoamericana no ha dejado de frecuentar el tópico de la conquista, de la apropiación de los territorios del otro, de un «correr las fronteras» que tiene diferentes alcances y que, en la historia argentina, se conoce como «la Campaña del Desierto», que dejó una impronta perdurable en *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, o en la pintura de Ángel della Valle *La vuelta del malón*, pero también, más sesgadamente, en novelas que fabrican tramas sobre la conquista de la ciudad, afrontada por personajes que, desde sus provincias, emprenden ese viaje y constatan fronteras culturales y, más recientemente, desde el Gran Buenos Aires, cuando el neoliberalismo abrió la brecha casi insalvable entre esos dos espacios. Es casi evidente que, junto con las fronteras, son convocados los límites, los márgenes, un «extra muros», otro sitio que se ganó un gran espacio en la literatura argentina ya como arrabal o suburbio, así como sus personajes: el malevo, el cuchillero y sus trifulcas, y en el presente, en una marginalidad que ha cambiado de signo y, tal como ha dicho Loïc Wacquant en *Parias urbanos*, esa nueva marginalidad no es consecuencia del atraso, la ociosidad o la declinación económica, sino de la desigualdad creciente, un avance, una prosperidad económica global y a la vez un penetrante estigma territorial que recae sobre los residentes de esos barrios de exilio socioeconómico, una marginalidad, entonces, sobre la que se posa la mirada de la denigración o la sospecha de la peligrosidad. Los relatos y las representaciones de estos espacios marginales trazan un mapa de la actualidad en los que se vislumbran otros modos de poder y de dominio sobre el territorio: el narcotráfico, la prostitución y el crimen que imponen sus propias leyes, sus

fronteras y sus áreas de influencia. En la interacción de los sujetos marginales y las instituciones jurídico-penales del Estado, se dirime el control del espacio que regula la circulación del dinero y las mercancías a través de redes y dispositivos que permiten reconocer sistemas que obedecen a una legalidad por fuera del sistema del derecho. Las diversas zonas del territorio conforman marcos espaciales en los que se elabora, se sostiene y se pone en discusión la *ley* de los márgenes: en la periferia se ve de otra manera y otra cosa que en el centro, aunque a veces se estilice la marginalidad en la «peculiaridad»; en la era del capitalismo avanzado, la exclusión social se ha vuelto uno de los fenómenos que propician expresiones de violencia en sus formas más crueles. Este recorrido por los márgenes es la preocupación de los trabajos de Alejandra González, Anahí Lawrynowicz y de Sonia Jostic, quien se concentra en el examen de los márgenes en la narrativa argentina del presente deteniéndose en la villa como «pivote convocante del margen», enclaves que están dejando de ser *lugares* para convertirse en *espacios* de supervivencia de los relegados.

Una inflexión en la que las fronteras adquieren otro sentido está dada por el campo de concentración y sus rasgos bajo el nazismo; el campo define un tipo de encierro y un espacio delimitado por «fronteras» que separan el afuera de un adentro donde imperan leyes propias, donde se consuma la muerte planificada, un genocidio de una magnitud y de unas características sin precedentes que dependió de la existencia de técnicas y hábitos meticulosos y firmemente establecidos, de una división del trabajo precisa, de que se mantuviera un suave flujo de información y de mando, y de una sincronizada coordinación de acciones, como señala Zygmunt Bauman en *Modernidad y Holocausto*.

En el campo de concentración, quedan implicadas la territorialidad y la extraterritorialidad y una cuestión de límites: límite como decibilidad y límite como emplazamiento del campo, que encarna, por otro lado, la materialización del «estado de excepción». Paula Simón aborda esa problemática apelando al aporte fundamental de Giorgio Agamben, quien señaló justamente que la vocación del campo es la de realizar el estado de excepción, y solo entendiendo eso todo lo que de increíble se produjo en ellos resulta comprensible. Quien entraba en el campo se movía en una zona de indistinción entre interior y exterior, excepción y regla, lícito e ilícito, y agrega: «A un orden jurídico sin localización (el estado de excepción, en el que la ley es suspendida) corresponde ahora una localización sin orden jurídico (el campo, como espacio permanente de excepción)» (2003, p. 223), el más absoluto espacio biopolítico que se haya realizado nunca, laboratorios en los que se puso a prueba la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible, como señaló Hannah Arendt, y por ello, no es casual que los campos fueran situados en «otro territorio». Con la experiencia del campo cobra valor el testimonio, el «yo estuve ahí», corroborando lo que el mismo Agamben sostiene: ser sujeto y testimoniar son casi lo mismo, confluencia de tiempo y espacio en la subjetividad, generalmente de una víctima, que aúna el sufrimiento, el dolor y la vergüenza de ese tiempo en el que presencié la singularidad monstruosa normalizada y cotidiana del fronteras adentro del campo.

La última inflexión alude a la locura, un fronteras adentro del encierro en el hospicio, esa extraña mezcla de hospital y prisión, ese mundo de aislamiento y medicalización es el que aborda Enzo Cárcano al examinar la figura de Jacobo Fijman, haciendo referencia a un tema caro a Michel Foucault, que se empeñó en demostrar cómo, mediante el discurso de la locura, fue posible un cierto tipo de control de los individuos dentro y fuera de los asilos, tecnologías del yo y disciplinarias que tienen lugar en Occidente entre los siglos XVII y XVIII. La disciplina normaliza, analiza, descompone a los individuos, los lugares, los tiempos, los gestos, los actos, las operaciones, los descompone en elementos que son suficientes para percibirlos, por un lado, y modificarlos, por otro. En realidad, la revolución burguesa fue la invención de una nueva tecnología del poder, del que las disciplinas constituyen las piezas esenciales; y entre esas disciplinas, la psiquiatría y su papel de encargada de producir la verdad de la enfermedad en el espacio hospitalario fueron centrales. El psicoanálisis será para Foucault una gran forma de despsiquiatrización: salida del espacio manicomial para borrar los efectos paradójicos del sobre-poder psiquiátrico, pero al mismo tiempo, reconstitución del poder médico, productor de verdad. La psiquiatría que puede desplegarse en el hospicio no es una especialización del saber o de la teoría médica, sino una rama especializada de la higiene pública. La psiquiatría se institucionalizó como precaución social, como higiene del cuerpo social en su totalidad y así codificó la locura como enfermedad y luego tuvo que patologizar los desórdenes, los errores, las ilusiones de la locura. El punto principal no consiste en aceptar este saber como un valor dado, sino en analizar estas llamadas ciencias como «juegos de verdad» específicos, relacionados con técnicas específicas que los hombres utilizan para entenderse a sí mismos.

El presente volumen de *Gramma* dedicado a «las fronteras» es una auspiciosa entrada a un tema que escuece el presente y que no parece destinado a ceder en su problematicidad y en su capacidad de generar discursos y representaciones artísticas.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (2003). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida* (Gimeno Cuspinera, A., Trad.). Valencia: Pre-Textos.
- Bauman, Z. (1994). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur.
- Marechal, L. (2013). *Adán Buenosayres*. Edición crítica de Navascués, J. de. Buenos Aires: Corregidor.
- Said, E. (1996). *Cultura e imperialismo* (Catelli, N., Trad.). Barcelona: Anagrama.
- Schlögel, K. (2007). *En el espacio, leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*. Madrid: Siruela.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad* (Pons, H., Trad.). Buenos Aires: Manantial.
- Wajcman, G. (2011). *El ojo absoluto* (Agoff, I., Trad.). Buenos Aires: Manantial.